

Discurso de agradecimiento en la ceremonia de entrega de los Premios Fundación BBVA a la Conservación de la Biodiversidad

Mónica Fernández-Aceytuno

Buenas tardes,

Me siento muy agradecida por formar parte de la ilustre nómina de personas e instituciones que se han visto honradas con el Premio Fundación BBVA a la Conservación de la Biodiversidad.

Mi enhorabuena a todos los premiados cuya labor ha sido reconocida, en alguna de sus modalidades, también en esta XX edición, y en especial a Carlos Fresneda, porque es un doble honor que me hayan concedido el mismo premio que a una persona de tanta talla personal y profesional.

Recibir este reconocimiento supone una alegría, pero también una responsabilidad, por el prestigio internacional de este galardón.

Tras la notificación de la concesión, comencé a recibir correos electrónicos de la Fundación BBVA, en cuya maravillosa sede madrileña estamos esta tarde.

Al leerlos, me llamó la atención la belleza de los apellidos de quienes firmaban estas comunicaciones.

Entonces, me acordé de mi bisabuela vasca, Pilar Alonso Zavala.

No la conocí.

Murió en la noche de nochebuena de 1960.

Yo nací en Villa Cisneros, en el desierto del Sáhara, en la primavera de 1961.

Esa nochebuena de 1960, en Villa Cisneros, mi madre, embarazada de mí, separada por miles de kilómetros de su abuela que estaba en Madrid, sintió una pena inexplicable.

Llamaron al médico.

— ¿Qué te pasa, Cuqui?

— No lo sé, pero no puedo dejar de llorar.

A los dos días, llegó el télex con la noticia: Mi bisabuela había fallecido la noche de nochebuena.

Meses después, el 4 de mayo, Santa Mónica, nací yo.

Mi madre, en honor a su abuela, me puso también de nombre Pilar.

Sí, me llamo Pilar Mónica.

Me contó mi madre muchas cosas de mi bisabuela vasca.

Me hablo de su casería de Erbétegui, con un terreno manzanal.

Y de cómo su padre ordenó cortar todas las ramas florecidas de los manzanos, para adornar la iglesia, el día en el que se casó mi bisabuela.

“No se recolectó ese año ni una manzana” solía contar Pilar, como lo más grande que te podía pasar.

Me pregunto por qué las personas que trabajamos en la conservación de la biodiversidad recibimos tan poco apoyo.

Colijo que quizás es porque casi nadie cree de verdad en su valor, también económico, por los servicios ecosistémicos que nos presta.

Para nuestra fortuna, hay una excepción: la Fundación BBVA, con la creación de estos Premios a la Conservación de la Biodiversidad.

La dotación económica que conlleva este honor, me vendrá muy bien para no tener que acudir, al menos por un tiempo, a mi único mecenas incondicional hasta hoy: mi marido Roberto Seoane.

Gracias.

Todos los animales poseen un lenguaje, pero ninguno escribe.

Acumular información, más allá del instinto, nos llevó a alejarnos de la naturaleza.

Pero será también por las palabras, ese puente colgante, por donde regresemos a ella.

Vemos más si sabemos nombrar.

Maresía, olor a mar.

Aura, brisa entre las ramas.

Charabasquear, hacer ruido al caminar entre las hojas.

Casi al final de mi vida, digo, hoy aquí, igual que mi bisabuela Pilar Alonso Zavala, que, por dedicar mi vida entera a la naturaleza, no hubo para mí recolección de manzanas; pero la belleza efímera de las flores, es mía ya para siempre.

Muchas gracias.